



El Príncipe de la velocidad

LUIS MEANA

El Fórmula 1 es de la estirpe de Pegaso, de los caballos alados, de los carros de fuego que cruzan el firmamento dejando una estela de llamas centelleantes. Es de la familia de la bala, del cañón, del rayo, del ruido estremecedor del trueno, de la exhalación, de la explosión y de la velocidad supersónica. El Fórmula 1 es hijo directo del potro salvaje, al que los hombres sustituyeron el corazón por pistones de titanio. Pero, en realidad, es hijo de la soberbia humana, de la autosuficiencia del hombre, del impulso narcisista del ser humano que se goza en su propio poder como si le hubiera arrebatado el fuego a los dioses.

Paradójica y sorprendentemente, el auriga que conduce esa cuadruga de fuego, el jinete que monta a ese bólido que cocea entre llamaradas y rugidos es hijo de la ciudad de la parsimonia, de la piedra inmóvil, una ciudad erguida sobre las más viejas tradiciones y sobre la perpetuidad de la clase. Es decir, Oviedo. Ciudad que conservaba embalsamada la distinción y la clase en relicarios burgueses y cámaras santas, y que últimamente ha roto aguas ya dos veces dando a luz primero a una Princesa de cuento y luego al Príncipe de la Velocidad. La Regenta ya no es el símbolo de la ciudad, es sólo su novela. Los símbolos de la ciudad son un Príncipe de la Velocidad y una Princesa sacada de Cenicienta. Ambos son hijos de la misma época, y estarán un día juntos en las Enciclopedias. Daba antiguamente Oviedo magistrales, juriconsultos o regentas. Da ahora Príncipes de la Velocidad y Princesas de Cuento, y no se sabe quién ha puesto ese brote en el útero yermo de la ciudad. Quizá su propio pecado.

El caso es que en nuestro cerrado firmamento ha aparecido una luz resplandeciente procedente de una galaxia hasta ahora casi ignota, la máxima velocidad. Esa estrella brillante se llama Fernando Alonso, un cañón salido de la tierra del grisú, lo que muestra las íntimas conexiones existentes entre las explosiones. Si la epifanía ha tardado tiempo en producirse es porque el chico viene de los más lejanos limbos del talento, de una galaxia donde habitan sólo los genios

más escasos. Porque este chico trabado, con aire de entibador de mina y silueta de asturcón, es con bastante probabilidad el mayor talento deportivo que haya dado España, y, en cualquier caso, el talento deportivo más grande que ha dado nunca Asturias, región de hipnóticos engaños y múltiples parálisis, que ha creado el arte de sustituir la incómoda movilidad por la placentera quietud de un nirvana gafado como un gato negro.

Ha dado España numerosos genios deportivos inesperados. Hemos tenido, repetidamente, genios que salían espontáneamente y florecían en tierras totalmente baldías: salió Santana cuando el tenis no se conocía; vino Ballesteros cuando nadie sabía lo que era un «birdie». Tenemos esa tradición paradójica de que nos salgan

Este chico trabado, con aire de entibador de mina y silueta de asturcón, es, con bastante probabilidad, el mayor talento deportivo que haya dado España

rosas en el desierto. Hemos tenido apariciones geniales con más lógica: Induráin o Bahamontes, porque aquí se ha repartido mucho pan a pedales. Pero lo de este centauro astur que va sentado en un bólido azul es de otra naturaleza. Aunque no lo parezca, están los deportes estratificados en un orden jerárquico. Y en esa jerarquía, la Fórmula 1 constituye el vértice de la pirámide. Primero, por ser el reino de la velocidad, alma de nuestro tiempo. Después, por ser el reino de la tecnología, gran mitología contemporánea y diosa suprema de nuestra era. Eso es la Fórmula 1: vértice supremo de los deportes, la religión vacía del agitado hombre contemporáneo. Que un rapacín de Asturias llegue al punto más alto de la pirámide hace su conquista más grande que las de todos sus antecesores. Que un español llegue a convertirse en Sumo Sacerdote de la máxima religión contemporánea, eso no había sucedido antes.

En puridad, el piloto no pertenece a la familia del deportista, sino a la del astronauta. El piloto es un jinete que va sentado en el epicentro de la incandescencia, en medio de una bola de fuego en la que debe mantenerse frío y helado porque juega siempre con la muerte. Y eso exige cualidades sobrenaturales. Su naturaleza no es, por eso, del todo humana sino mezcla de hombre y demonio. El coche es la bestia que emerge del infierno. Eso es el Fórmula 1, el gran fetiche de



la contemporaneidad. El coche es una máquina de seducción teatralizadora de la potencia humana. El sueño del «perpetuum mobile» que porta en su barriga la potencia, el poder y el resplandor del triunfo, todo para mayor gloria del hombre. Fuego, seducción, sueño de omnipotencia. La bicicleta es el alma de una vaca, mientras el motor es el alma de un león. Y el bólido es lo que su onomatopeya o su etimología ya indica, algo hiperbólico: lo excesivo, extremo, salvaje, supersónico, peligroso, mortal, demoníaco.

A lo que asistimos con este asturiano que va sentado en su bólido de fuego es a la eterna lucha agónica entre el hombre y la «machina», entre el héroe y el monstruo aterrador. En realidad, se trata de la lucha entre dos grandes máquinas: la «machina» propiamente dicha, la máquina de fuego que es el coche, y la diminuta máquina cibernética del cerebro del hombre que va sentado en medio de ese fuego, y que, mágicamente, se mantiene frío como el témpano. Resulta que en esa lucha asimétrica un chavalín de Asturias mantiene la serenidad como si fuera Ulises frente a las sirenas. Esa mente fría aguanta las embestidas del león con la maestría de los héroes de Grecia. No cede nunca a la tentación ni a la seducción de la máquina. Y la dirige con la precisión de un relojero divino. Y con mayor frialdad que la del rival de las tierras gélidas. Eso explica la seducción del público: el niño domina a la máquina, el cerebro domina a la técnica, el hombre domina el Universo. El gran sueño.

Por ser la representación humana de ese gran sueño, este hijo pródigo de Asturias se ha convertido en ídolo del Universo. Aunque en un ídolo poco parecido a los ídolos modernos. Para empezar no tiene un apodo marketiniano, como Raikkonen al que llaman «Kimi», o como Schumacher, al que llaman «Schumi». Tampoco es angélicamente rubio, ni estilizado, como lo son ellos. Ni tiene ese aire de modelo de pasarela que se lleva entre los deportistas. Y es que todos esos ídolos son, como el nuevo deporte, productos de laboratorio. Nuestro héroe es real y natural, y no tiene nada de laboratorio. Es

puro producto de la tierra y de la lucha contra los elementos. Es tradicional como Asturias: tiene cuerpo de picador minero, y va vestido con el mono propio de la región industrial en la que ha nacido. Al contrario que Schumacher, que parece el señorito del cortijo, nuestro mito tiene aire de currante, y cuesta distinguirlo de los mecánicos que andan por los «boxes» o por el «paddock».

Alonso está encontrando dificultades en la carrera social, que es igual de reñida que la de los circuitos

Tiene además este ídolo un inconfundible rasgo luchador, reivindicativo, de chico de barrio siempre dispuesto a romperse la cara por la onza de chocolate que le han dado para la merienda. Como el golfillo herido de Chaplin, conoce demasiado bien la calle, y sabe que el mundo no regala nada. De ahí le sale ese rictus ligeramente enfurruñado y ávido que pone. Tiene el dolor resentido del chico acostumbrado a abrirse camino contra los fanfarrones de

más edad y más medios. Y quizá por eso ha sido él, y no Raikkonen, quien se ha llevado el Campeonato del Mundo. Así que nuestro héroe no es un ídolo a lo Beckham, ídolo de diseño y de mucha cosmética. En este hijo prodigio de Asturias todo es todavía verde, agraz y primario. Es un ídolo anacrónico como los de antes. Es un nuevo Bahamontes de los coches: no va con la época, que toda es labia, posturitas y diseños. Él no tiene labia ni cosmética, es retraído, tímido, tenaz y poco telegénico.

El problema está en que este ídolo corre dos carreras, la del circuito y la de la sociedad. Tiene bastante bien resuelta la primera. Pero está encontrando dificultades en la carrera social, que es igual de alocada, arriesgada, reñida y tremenda que la otra. Durante muchos años ha sufrido en el circuito, pero tenía una burbuja plácida e íntima donde aislarse. Pero ahora la carrera dura 24 horas y 365 días al año, porque no hay burbuja que proteja cuando se es un ídolo universal. En esa carrera social, al contrario que en la del coche, se le calienta más la lengua, le saltan intereses, le da acelerones indebidos el corazón y se pasa de frenada. No tiene el chip mental preparado para el rugido mediático, ni para las duras leyes de la idolatría. Son comprensibles ciertos resentimientos, y su poso amargo, que es lo que le pasa siempre al Charlot de Chaplin. Pero precisamente porque su talento es tan grande y su triunfo tan veraz, no puede consentir que nada lo estropee. Y menos que nadie él mismo. Porta en sus manos la luz fulgurante del talento, y la Fortuna le ha bendecido con su gracia. Quizá no sea aún consciente del regalo y del deber que supone eso. No puede quejarse de nada, ni siquiera del injusto pasado, el modelo ante el que se postran millones de aficionados que no tienen nada que agradecer a los dioses.

El problema está tematizado en un llamativo anuncio que ha hecho, en el que se juega cinematográficamente con la metáfora del héroe en lucha con el dragón o la bestia. Fernando Alonso aparece allí como un nuevo Belerofonte, que, montado en su caballo alado Pegaso, lucha y mata de un certero golpe al infernal monstruo, la Quimera, que con cuerpo de víbora, trazos de dragón y cabeza de cabra, amenaza al Universo. Ése es el dilema, ser un ídolo de verdad o ser sólo una cosmética. Como el mítico Dédalos, está Fernando Alonso en un complejo laberinto, en el laberinto mediático de la idolatría y de la fama, al que no es fácil encontrarle salida. No hay que volar demasiado alto, ni tampoco a ras de ciertas miserias. Se trata de volar con la majestuosidad del águila. La Fortuna le ha dado los mayores dones. Asturias y los españoles le han puesto en el lugar de los héroes. Que perdure como gran modelo en ese sitio de privilegio dependerá de si es capaz de matar a los dragones, fantasmas y quimeras que rodean siempre a quien ha tocado la gloria. De lo contrario, será sólo otro becerro de oro.

1€ Cupón descuento

La Nueva España